//LOS FRUTOS DE LA NADA: ATEISMO Y RELIGIÓN EN EL ÚLTIMO SIGLO DE OCCIDENTE//

SUBMISSION DATE: 01/12/2015 // ACCEPTANCE DATE: 12/10/2015
PUBLICATION DATE: 21/12/2015 (pp. 131-134)

ALICIA ZARZUELA
UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LA RIOJA
SPAIN
aliciazarzuela@gmail.com

La edad de la nada. El mundo después de la muerte de Dios
Peter Watson
Planeta
Barcelona, 2014
817 pp.

A finales de 2014 Peter Watson publicó La edad de la nada, la historia de una era que comenzó hace aproximadamente un siglo y medio, y en la que todavía estamos sumergidos. Ni postmodernidad, ni fin de los tiempos, ni líquidos barroquismos. La complejidad de nuestra época está fundada en algo mucho más sencillo: la nada.

Peter Watson es un historiador de las ideas británico cuya carrera no se ha centrado exclusivamente en el ámbito académico, sino que ha tenido también una destacada labor periodística, habiendo sido reportero en The Times o en New Society, entre otras revistas, y en numerosas ocasiones invitado a programas televisivos. El autor de Ideas: historia intelectual de la Humanidad (2006), con un gran rigor profesional y un estilo espontáneo, reconstruye en su último libro la historia de Occidente basándose en un cambio de mentalidad clave: el nihilismo.

Hay una cuestión que atraviesa este ensayo de principio a fin, y que, siendo una problemática actual, el método historiográfico no es capaz de esclarecer: ¿qué sucede con la religión en la edad de la nada? El libro de Watson se inicia con un análisis del estado actual de las religiones, con datos estadísticos que esclarecen hasta qué punto y de qué modo estas siguen presentes en un mundo ateo. Si es cierto que el número de personas que se declaran ateas va progresivamente en aumento, tampoco puede negarse que, contrastando diversos sondeos hechos en EE.UU. y en Gran Bretaña, más de la mitad de los encuestados profesan alguna religión. Otro dato de interés es el que muestra que, según las estadísticas, en aquellos lugares en los que la vida está expuesta a mayores riesgos, las creencias religiosas son más fuertes, lo cual podría llegar a probar que el ateísmo crece en la medida en que se extiende la sociedad de bienestar. Con este panorama, ¿se puede hablar de una auténtica nulidad de Dios? Decididamente, este es un valor que sigue vigente en el siglo

XXI, ¿pero de qué modo? ¿No puede Dios considerarse una idea más, entre otras muchas, de las que hoy en día colman las necesidades espirituales de las personas?

Principalmente, lo que al autor le inquieta es que en este momento de supuesto ateísmo y relativismo, existan fundamentalismos que actúen de formas extremistas. Las creencias religiosas, además de seguir oponiéndose entre sí, se enfrentan con el ateísmo de forma trágica. ¿Es el extremismo religioso también nihilismo? ¿Es el terrorismo fundamentalista consecuencia del creciente ateísmo?, o más bien al contrario, ¿el ateísmo aumenta como consecuencia de los crímenes cometidos en nombre de la religión? Son algunas de las cuestiones de actualidad que Watson plantea al lector de La edad de la nada.

Desde luego, este no es un libro que pretenda dar respuestas, pero sí, de forma mucho más enriquecedora, aporta lo único que le es dado ofrecer a la nada: perspectivas. Pragmatismo, arte y ciencia, son los tres focos desde los que se dispersan todo tipo de fes laicas. Sin Dios, el hombre se ve obligado a construirse otras creencias, y la filosofía pragmática, la creación artística o la investigación científica, van a sumarse al reconocimiento del valor de la conciencia, que, desde corrientes como la fenomenología de Husserl o el psicoanálisis de Freud, apuntan hacia la mente humana como principal y única fuente de conocimiento. Esta fe en lo humano que surgió en el siglo XX, este humanismo, se contradice con el clima de desengaño que asoló al mundo tras las guerras mundiales, cuando los hombres experimentaron con horror su propia inhumanidad. El choque entre esperanza y desesperanza va a hacer germinar el vacío existencial que ha desatado la que quizás sea la época más fecunda tanto artísticamente como científicamente. En este contexto, pragmatismo, arte y ciencia se convierten en efectivas creencias, verdaderos paradigmas que, como tales, van a determinar los estilos de vida de las gentes.

Por su parte, la filosofía pragmática es una corriente arraigada sobre todo en EE.UU., donde en las primeras décadas del siglo XX personalidades como George Santayana o John Dewey sentaron las bases de una creencia que fundaría el llamado estilo de vida americano. Básicamente, el pragmatismo sustituye la verdad por el concepto de esperanza, de manera que los actos humanos son siempre guiados hacia mejoras en las condiciones de vida. De este modo, el sentido de la propia vida es siempre el de la construcción de un futuro mejor.

Por otro lado, a la hora de dar respuesta a las verdades últimas, al tomar la explicación científica el relevo de la explicación teológica, era inevitable que la ciencia llegase a impregnar todo los ámbitos de la vida, no solo en sus aplicaciones tecnológicas, sino en el aspecto más filosófico. En el recorrido histórico que Watson nos presenta, encontramos numerosas pugnas y lazos entre la ciencia y la religión. A la ciencia se le ha reprochado a menudo una extrema deshumanización, reproche que en el fondo carece de sentido, pues, como afirma el científico Richard Dawkins, citado por el propio Watson en su libro, solo alguien que no esté en su sano juicio vincularía el sentido de su vida con el devenir de un cosmos que no obedece a ninguna finalidad. Sin duda, en esta afirmación se concentra todo lo que significa la creencia en la nada: carencia de un sentido último del mundo que, sin embargo, no impide tener una vida jubilosa y plena.

Por último, en esta época el arte y la literatura no sólo se convirtieron en el alimento espiritual por excelencia de los ateos, sino que la creación artística se fusionó con la vida hasta desaparecer la una en la otra. Además de historiador de las ideas, Watson también es experto en teoría e historia de las artes. En su libro pasa revista a las cosmovisiones que ofrecieron las obras de infinidad de artistas y literatos, dedicando capítulos enteros a autores tan diversos como Mallarmé, Rilke, Kandinsky, André Gide, Stefan George, Yeats, Ivanov, Gorki, Virgina Woolf, Eugene O'Neill, Charlie Parker, Allen Ginsberg, Merce Cunningham, Pollock, Pynchon o Philip Roth, por mencionar sólo a unos cuantos. Vemos, pues, que la poética que tiene lugar después de la muerte de Dios es tan heterogénea como intensa, y es evidente que cualquiera que fuera el sentido de su obra, estas personalidades sentían la exigencia de llenar o dar forma a la nada latente. A pesar de

que obras como las de Samuel Beckett han sido durante años etiquetadas de pesimistas, lo que Watson muestra es que toda creación artística fundada en la nada es una optimista celebración de la vida. El siglo XX explora los límites entre arte y vida, entendiendo la creatividad bajo el prisma de los valores de la originalidad y la espontaneidad, ambos vinculados a la conciencia –e inconsciencia– humana.

En últimas, es innegable que en la época que nos concierne, al lado de la "cientificación" del mundo, se da un proceso de "psicologización" en el que todo suceso encuentra su explicación en las intenciones últimas de la psique. Este predominio de la psicología a la hora de abordar el conocimiento preocupa especialmente al profesor Watson, quien sostiene que el psicoanálisis en realidad triunfó como religión privada, pues siendo una filosofía determinista y teleológica, ofrece a la persona los mismos consuelos y expectativas que el cristianismo.

Así, la lectura de La edad de la nada es imprescindible a la hora de adentrarse en la historia del mundo contemporáneo desde un punto de vista tan particularmente escurridizo como es el de la religión y el ateísmo. Las distintas ideologías que en él se exponen, sean laicas o no, muestran de qué manera a lo largo de la historia el ser humano ha necesitado un sustento espiritual que dé valor a su vida. La lúcida conciencia histórica de Peter Watson le permite indagar en los más complejos devenires de la mentalidad de los hombres, hasta el punto de atreverse a predecir que tal vez, en el fondo, la humanidad no esté tan lejos de regresar a un mundo plenamente religioso. Si esto es así, quizás, la de la nada no sea una época que haya venido para quedarse definitivamente, pero desde luego, aunque esto ocurra, es innegable que el paso por el nihilismo en la historia de las ideas no habrá sido en vano, sino probablemente la más fructífera de las etapas del hombre.